

Así las cosas, parece que los filósofos dedicados al inconsciente, al Idealismo alemán y a la historia de la filosofía de la medicina tenemos mucho que celebrar con la presente edición del libro de Carus. Sin lugar a duda, se abrirán nuevos horizontes a la investigación gracias a la editorial Almuzara y a la elogiada tarea de Arnau.

Referencias bibliográficas

Arnau, Juan. «Estudio introductorio». En *Psyche. Una historia del despliegue del alma*, de Carl Gustav Carus. Córdoba: Almuzara, 2026.

Carus, Carl Gustav. *Psyche. Una historia del despliegue del alma*. Córdoba: Almuzara, 2026.

De Laurentiis, Allegra. «Los trastornos del alma en la antropología de Hegel». *Studia Hegeliana* 10 (2024): 63-87. <https://doi.org/10.24310/stheg.10.2024.19426>.

Giorgianni, Emilio. «De la separación a la coevolución: el hombre en el ecosistema autopoiético». *Naturaleza y Libertad. Revista de Estudios Interdisciplinarios* 20 (2026): 95-108. <https://doi.org/10.24310/nyl.20.2026.21901>.

Parera López, Juan José. «Homo instrumentalis: Manos, herramientas, matemática y ciencia». *Naturaleza y Libertad. Revista de Estudios Interdisciplinarios* 18 (2024): 103-117. <https://doi.org/10.24310/nyl.18.2024.17602>.

ANDRÉS ORTIGOSA PEÑA

FEIXAS I ROIGÉ, Jordi. *Aprender leyendo. Leo Strauss y el valor de la lectura filosófica*. Madrid: Síndesis, 2025

Jordi Feixas i Roigé (Barcelona, 1987) es profesor de Filosofía Política en la Facultad de Filosofía La Salle – Universitat Ramon Llull y forma parte del Research Group on Smart Society. Licenciado en Historia y Doctor en Filosofía, su trayectoria académica se ha centrado especialmente en la historia de las ideas políticas, campo en el que ha publicado diversos artículos en revistas especializadas. *Aprender leyendo. Leo Strauss y el valor de la lectura*

filosófica constituye la culminación de una investigación doctoral dirigida por la Dra. Margarita Mauri, y representa una contribución notable al estudio del pensamiento de Leo Strauss, uno de los filósofos políticos más influyentes y controvertidos del siglo XX.

La obra *Aprender leyendo* se presenta, desde sus primeras páginas, como una interrogación sostenida sobre el sentido de la lectura filosófica en un tiempo que ha erosionado sus propios fundamentos humanistas, donde la reverencia por las grandes obras de la tradición occidental se desvanece progresivamente, y donde el historicismo y el positivismo han puesto en cuestión la misma posibilidad de un diálogo genuino con el pensamiento pretérito. Feixas i Roigé encuentra en Leo Strauss no solo un guía, sino un modelo de cómo practicar la lectura filosófica. Lejos de pretender ofrecer una biografía intelectual exhaustiva del autor alemán —tarea ya cumplida por Gregorio Luri y Daniel Tanguay—, el estudio se propone un objetivo más modesto, pero igualmente ambicioso: reivindicar a Strauss como un maestro en la más alta forma de educación —la filosofía— y mostrar cómo su obra constituye una invitación a recuperar el valor de la lectura lenta, atenta y liberadora.

El primer capítulo opera como una introducción a la cuestión central del libro. El autor comienza evocando dos imágenes poderosas: la del viajero Pausanias contemplando el «Conócete a ti mismo» inscrito en el templo de Apolo en Delfos, y la del Sócrates platónico que convertía la conversación en método para la vida examinada. A través de Jenofonte, se nos recuerda que Sócrates valoraba altamente las enseñanzas de los libros antiguos, compartidas en comunidad y con espíritu de amistad. Feixas i Roigé contrapone esta tradición con la situación de la modernidad tardía, ejemplificada por la carta de Maquiavelo a Francesco Vettori —donde el florentino describe su retiro nocturno para conversar con «las antiguas cortes de los antiguos hombres»— y por el elogio nietzscheano de la lectura lenta. Frente a la prisa tecnológica y al escepticismo

historicista, Feixas i Roigé plantea la necesidad de volver a preguntarse seriamente por el valor de la lectura del pasado. Es en este contexto donde aparece Strauss como aquel que tomó esta pregunta con toda seriedad y supo ofrecer pistas para responderla.

El segundo capítulo propone un breve esbozo biográfico de Leo Strauss. Feixas i Roigé repasa los hitos fundamentales de la vida de Strauss: su nacimiento en una familia judía ortodoxa en Kirchhain, sus estudios en Marburgo y Hamburgo bajo la dirección de Ernst Cassirer, su encuentro decisivo con Husserl y Heidegger en Friburgo, su exilio primero en Francia y luego en Reino Unido, y finalmente su consolidación académica en Estados Unidos: primero en la New School for Social Research y luego en la Universidad de Chicago. El autor destaca cómo la experiencia de la débil República de Weimar y el ascenso del nazismo marcaron profundamente la reflexión política de Strauss, llevándole a convertirse con el tiempo en un «amigo y aliado» de la democracia liberal, aunque nunca en un adúlador. El capítulo también señala que los grandes temas de su madurez —el debate entre razón y revelación, la crítica al historicismo y al positivismo, la defensa del derecho natural, la escritura entre líneas— están ya germinalmente presentes en el «Strauss europeo» (pág.29).

El tercer capítulo es uno de los capítulos centrales del libro. En él, Feixas i Roigé defiende que Strauss fue, ante todo, un educador, y que su concepción filosófica es indisoluble de un elemento pedagógico fundamental. El autor analiza en detalle la conferencia «¿Qué es la filosofía política?», pronunciada por Strauss en Jerusalén (1954-1955), mostrando cómo el filósofo alemán entendía la filosofía como una búsqueda zetéctica o escéptica en sentido original: no posesión de la verdad, sino conciencia de la propia ignorancia y esfuerzo continuo por reemplazar la opinión por conocimiento. Strauss se inscribe así en la tradición socrático-platónica, aunque con una interpretación muy particular que hace de las ideas platónicas «problemas fundamentales» (pág.47). Feixas i

Roigé explica cómo Strauss combatió dos rivales de la filosofía: el positivismo, que reduce la ciencia a neutralidad valorativa, y el historicismo, que niega toda permanencia y capacidad de trascendencia histórica. Frente a ellos, Strauss propone la lectura del pasado como salida de la «segunda caverna» (pág.51) en la que la modernidad ha sumido al pensamiento. El capítulo culmina con una reflexión sobre el carácter provisional y no dogmático de la justificación straussiana de la filosofía: ésta se sostiene inicialmente en el amor por el conocimiento —eros—, y solo su práctica puede confirmar o refutar su valor. Strauss, nos recuerda Feixas i Roigé, fue «moderno, pero no sólo moderno» (pág.79).

Feixas i Roigé aborda el capítulo cuarto mostrando una de las tensiones fundamentales del pensamiento straussiano: el conflicto inevitable entre la filosofía, que cuestiona las opiniones, y la ciudad, que vive de ellas. Apoyándose en *La persecución y el arte de escribir*, el autor explica cómo los filósofos premodernos desarrollaron una escritura esotérica para proteger a la sociedad de las consecuencias disruptivas de la verdad filosófica, al tiempo que preservaban para los lectores atentos la enseñanza genuina. Strauss, lejos de defender la tiranía del sabio, extrae de los clásicos la lección de que el mejor régimen posible es un gobierno mixto que combine libertad y consenso con la guía de los mejor educados: el caballero. La ciudad perfecta es irrealizable, y la moderación —frente a los excesos del optimismo revolucionario y del menosprecio apolítico— se convierte en la principal virtud política que la filosofía puede ofrecer. Feixas i Roigé muestra cómo Strauss interpreta a Platón no como un utópico sino como un realista que sabía que el gobierno de los sabios es impracticable, y que por ello defendió el gobierno de la ley.

A lo largo del capítulo quinto, el autor profundiza en la propuesta educativa de Strauss y distingue entre el liberalismo moderno —basado en la idea de progreso y en la aspiración a un Estado universal— y el liberalismo clásico que Strauss

defiende, para quien la forma política natural es la ciudad cerrada y particularista. La educación liberal, entendida como cultivo de la mente a través de la lectura de los grandes libros, no es adoctrinamiento sino introducción al gran diálogo entre las mentes más lúcidas de la historia. En una democracia de masas, esta educación tiene una función crítica y aristocrática en su mejor sentido: permite fundar una aristocracia dentro de la democracia, formar caballeros que, sin ser filósofos, se acerquen lo más posible a la sabiduría y puedan gobernar con moderación. Feixas i Roigé subraya que Strauss fue consciente de los peligros del igualitarismo extremo y de la separación moderna entre ciencia y sabiduría, y que su defensa de la educación liberal es también una defensa de la posibilidad de la excelencia humana.

El capítulo sexto expone el método de lectura que Strauss propuso para acceder a los filósofos del pasado. Feixas i Roigé resume los principios hermenéuticos straussianos: comprender a un autor tal como él mismo se comprendió; no juzgar antes de entender; estar dispuesto a aceptar que el autor del pasado pudiera tener razón; leer lenta y atentamente, prestando atención tanto a la forma como al contenido; y estar atento a la posibilidad de una escritura entre líneas, especialmente en contextos de persecución. El autor discute las objeciones al método straussiano —en particular, la crítica de que presupone injustificadamente la existencia de problemas fundamentales— y muestra cómo Strauss respondía: la única manera de saber si existen tales problemas es practicar la lectura. Estas páginas también abordan la relación entre Strauss y Gadamer, así como la cuestión de si la lectura entre líneas sigue siendo pertinente en sociedades libres. Feixas i Roigé concluye que, para Strauss, incluso en democracia la escritura entre líneas es necesaria, no tanto por miedo a la persecución cuanto por respeto a las necesidades morales de toda comunidad política.

El último capítulo valora la herencia de Strauss, destacando tres pilares: la filosofía como actividad zetética, la educación

liberal como formación en la moderación, y una actitud conservadora —en el sentido de respetuosa con las tradiciones— ante la política. Feixas i Roigé defiende que Strauss no ofrece un programa político concreto, sino una orientación: la defensa del constitucionalismo, el rechazo tanto del utopismo revolucionario como del desprecio por la política, y la conciencia de que la democracia liberal, a pesar de sus peligros para la excelencia, es el régimen que mejor permite la búsqueda de la virtud. El autor concluye que Strauss fue, por encima de todo, un maestro que enseñó a leer de nuevo, a liberarse de los prejuicios historicistas y a contemplar posibilidades olvidadas. El libro termina con una lista de diez «posibilidades recuperadas» (pág.206) que la lectura straussiana nos invita a considerar, entre ellas: que ciertos autores del pasado entendieron algunas cosas mejor que nosotros, que el progreso no es una certeza, y que la filosofía es una actividad propia de unos pocos movidos por el amor al conocimiento.

Aprender leyendo es un libro valioso y necesario. Valioso porque ofrece una introducción clara, rigurosa y bien documentada al pensamiento de Leo Strauss, centrada en el aspecto quizás más decisivo de su legado: su defensa de la lectura filosófica como camino hacia la libertad mental. Necesario porque, en un tiempo donde la velocidad de la información y la superficialidad amenazan con erosionar la atención sostenida, la invitación straussiana a la lectura lenta, atenta y dialógica resuena como un gesto de resistencia cultural y pedagógica.

Feixas i Roigé logra un equilibrio difícil: exponer las tesis de Strauss sin caer ni en la hagiografía ni en la condena simplista, y sin rehuir las dificultades y ambigüedades de su pensamiento. El autor muestra con claridad que Strauss fue un socrático, no un nietzscheano encubierto, y que su defensa de la «escritura entre líneas» (pág.171) no esconde un proyecto político totalitario, sino una reflexión prudente sobre la relación entre verdad y vida política. También acierta al subrayar el carácter zetético o escéptico de la filosofía

straussiana: Strauss no ofrece respuestas definitivas, sino que plantea problemas y alternativas, obligando al lector a pensar por sí mismo.

Quizás el punto más discutible de la interpretación de Feixas i Roigé es su insistencia en que la justificación de la vida filosófica no puede ser más que provisional y sostenida por el amor al conocimiento. Esto es ciertamente fiel a Strauss y proviene, con toda probabilidad, del amor por aprender leyendo, del amor al conocimiento, del propio Feixas i Roigé. Aun así, cabe preguntarse si esa posición no deja la filosofía en una situación de vulnerabilidad frente a otras alternativas —religiosas, políticas o simplemente existenciales— que ofrecen certezas más inmediatas. Strauss, como el autor reconoce, era consciente de esta fragilidad, y su respuesta era que solo filosofando se puede saber si filosofar merece la pena.

En cualquier caso, el libro de Feixas i Roigé cumple con creces su propósito: nos invita a tomar en serio la pregunta por el valor de la lectura del pasado, y nos ofrece en Strauss un compañero de viaje incomparable. Como el propio autor escribe en la página final, «podría ser que lo más importante siga siendo aprender leyendo». En tiempos de dispersión y olvido, esta es una lección que merece ser recordada.

MÓNICA MÍNGUEZ FRANCO

DOMINGO MORATALLA, Agustín. *Tecnocracias y desvinculación. Descuidos éticos del universo digital*. Valencia: Editorial TEELL, 2024.

Agustín Domingo Moratalla, catedrático en filosofía moral y democracia de la Universitat de Valencia analiza en *Tecnocracia y Desvinculación. Descuidos éticos del universo digital* los nuevos retos educativos, éticos y políticos derivados de la digitalización de nuestra sociedad. Su análisis no se queda en una mera crítica social, sino que ofrece —cómo él mismo menciona— un horizonte de esperanzas basado en la tradición humanista más reciente. En este intento de hacer una crítica

que construye y edifica, Moratalla parte tanto de principios derivados del personalismo comunitario, así como de convicciones católicas.

Moratalla organiza su análisis en once «descuidos» que la sociedad ha pasado por alto en este proceso de transformación digital. El primer y más importante descuido es el de la educación, el cual vertebra el resto de las reflexiones. La digitalización ha quebrado los elementos estructurales que daban forma y sentido al quehacer educativo. La aceleración, la globalización y la tecnificación de los procesos humanos han alienado al ser humano de sí mismo generando una educación desprovista de valores y principios. La aceleración de los procesos humanos y sociales ha conducido a la pérdida de toda tradición. La globalización, junto con la hiperconexión, ha transformado al ser humano en un sujeto de rendimiento. Mientras que la tecnificación y digitalización han conducido a un individualismo feroz que ha alterado toda forma de organización social y comunitaria. En definitiva, Moratalla sostiene que la digitalización ha alterado sustancialmente el tejido social produciendo una pérdida de sentido en distintos ámbitos de la vida humana. Categorías antropológicas fundamentales como el encuentro, la mirada o el otro han sido sustituidas por una comunicación inmediata y virtual que deshumaniza e instrumentaliza.

El autor analiza una tras otra las consecuencias derivadas de esta transformación. La primera es la desafección que las nuevas juventudes tienen con el compromiso democrático y asociativo. El ser humano actual siempre volcado en el futuro huye del pasado y rechaza el presente, creando un flujo constante de nuevas formas sociales que se sostienen en el propio cambio. La falta de compromiso y vinculación social propia de la era digital debilita las instituciones fundamentales de nuestra sociedad, entre las que el autor destaca: la educación, la cultura y política.

De acuerdo con su análisis, la educación se ha reducido a un «didactismo» activista que convierte al docente en un mero dinamizador de actividades. Lo importante